

VIOLENCIA CALLEJERA

Sin entrar en la controversia de si la violencia tiene o no un condicionante fisiológico o genético, lo que nos llevaría a un discurso sobre antropología social que aquí no corresponde, no debemos ignorar que la violencia se encuentra presente en la sociedad, como tampoco podemos dejar de reconocer que el derecho —cierto derecho— tiene como misión la contención del uso de la violencia y su monopolización en manos del Estado. Basta leer a



DIEGO MEDINA

Thommas Hobbes para comprender, ciertamente, cuanto tiene que ver la existencia del gran Leviatán con la contención de la violencia y a Max Weber para vislumbrar los motivos por los que la violencia —que no puede desaparecer— tiene que ser monopolizada por el Estado.

Nadie puede negar, además, que en las últimas décadas sufrimos un incremento de violencia en la sociedad o más exactamente un descenso del índice de seguridad ciudadana. Algunas superficiales lecturas al respecto nos indican que esto pudiera deberse a ciertas variables que operan en nuestra actual sociedad. Se apunta a la marginación social, al exacerbado sentido de las diferencias de género, a la inmigración, etc. Pocos reflexionan, sin embargo, acerca de un hecho tan concreto como la desestructuración que en pocas décadas ha sufrido la sociedad occidental o, por mejor decir, todas aquellas sociedades que viven sumidas en el feroz individualismo capitalista de nuestro tiempo.

Los medios de comunicación en general reflejan el ambiente en el que se desenvuelve nuestra sociedad y los valores que imperan en la misma. La televisión, por ejemplo, nos dejar ver cada día múltiples muestras de violencia: niños prostituidos, mujeres maltratadas, adolescentes mandando contenidos violentos desde sus móviles, bandas mafiosas de jóvenes y un largo etcétera de crímenes. Los valores de nuestra sociedad, esos que trasmite la televisión, son los valores del estado del bienestar del que tanto presumen todos los políticos, es decir los valores formales de la igualdad de oportunidades en la delectación de derechos. ¿Y qué igualdad es ésta? Cuando no todos pueden alcanzar el mercedes que los anuncios —de esa misma televisión— nos exigen tener, cuando al final unos siguen siendo ricos y otros pobres —muy pobres— y, además, a estos últimos se les saca de sus entornos de integración social para ser arrojados a la arena política como solitarios ciudadanos cargados de hipotéticos derechos y dejados a su suerte.

No parece extraño que la desolación que produce esta sociedad individualista y solitaria del bienestar, donde cada vez nos sentimos más solos y menos dispuestos para el dolor y la necesidad, genere el odio y con el odio la violencia. No es extraño, pues, que la gente muera asesinada en nuestras cordobesas calles. Mientras tanto seguimos siendo víctimas de este tiempo de hipocresía.